

## LA MIRADA DE AFUERA. LOS EXTRANJEROS Y LA CIUDAD ESPAÑOLA EN LA ÉPOCA DE LA ILUSTRACIÓN

A FOREIGN LOOK: FOREIGNERS AND THE  
SPANISH ENLIGHTENED TOWN

**Richard L. Kagan**

Johns Hopkins University  
Baltimore MD 21218 (Estados Unidos)  
kagan@jhu.edu

*RESUMEN: La urbe española experimentó grandes cambios a lo largo del siglo XVIII, sobre todo durante el reinado ilustrado de Carlos III. Esta época inició una serie de reformas importantes en la infraestructura urbana, entre ellas el diseño de nuevas plazas, calles más anchas, empedradas e iluminadas, la construcción de alamedas y paseos, etc. Estas reformas coincidieron con la llegada a España de muchos viajeros procedentes del norte de Europa. ¿Cuál era su opinión sobre la urbe española y las reformas en marcha? Utilizando los diarios, relatos, y otros escritos de estos viajeros, esta ponencia propone una nueva forma de entender “la imagen” de la ciudad española en los tiempos de la Ilustración*

*ABSTRACT: Cities in Spain experienced a number of important changes in the course of the eighteenth century and especially during the reign of the enlightened monarch, Charles III. This era brought a series of important changes in urban infrastructure, including the opening new plazas, streets that were widened, paved, and illuminated, and the construction of new alamedas and promenades. These reforms coincided with the arrival in Spain of many travelers from the north of Europe. What was their opinion of the Spanish city and the urban reforms that were underway? Using diaries, reports, and other writings of these travelers, this presentation offers a new way of understanding the “image” of the Spanish city during the era of the Enlightenment.*

---

**EL SIGLO DE LAS LUCES**  
**XVI JORNADAS DE HISTORIA EN LLERENA**

Llerena, Sociedad Extremeña de Historia, 2015

Pgs. 227-240

ISBN: 978-84-608-8037-0



La idea para organizar este trabajo se nos ocurrió hace unos meses. Estuvimos pensando en preparar un ensayo sobre el viaje al norte de España de John Adams, el político (y futuro presidente) norteamericano, durante el invierno de 1779-1780. El trayecto no fue proyectado con anticipación, más bien fue totalmente fortuito, un viaje accidental. Adams viajaba a París para negociar un tratado de paz con Gran Bretaña cuando del barco que le llevaba desde Nueva York empezó a hacer agua, forzando al capitán a hacer puerto en Ferrol en diciembre de 1779. Sin posibilidad alguna de continuar el viaje por mar, Adams y sus acompañantes decidieron hacerlo por tierra. Así, después de alquilar unos coches, junto a unas mulas, y contratar a un guía que hablaba castellano, Adams siguió en buena parte el trazado del Camino de Santiago, pero en orden inverso. Esta ruta le llevó a Astorga y después a León, Burgos, Bilbao, y Hondarribia, desde donde atravesó el Bidasoa y entró en Francia.

A lo largo del viaje, Adams fue completando un diario con anotaciones sobre diferentes aspectos: comentarios sobre el tiempo (malo en general), otros sobre la calidad de las posadas que encontraba (con pocas excepciones, inferior) y de la comida, igualmente mala, aunque disfrutaba mucho del chocolate (no hace referencia a los churros). Más interesantes son sus reflexiones sobre la situación del país y de su gente, el carácter de su gobierno y el estado de los pueblos y de las ciudades que visitaba<sup>1</sup>.

Hay que tener en cuenta que Adams (1735-1826) era un hombre culto. Antes de llegar a España ya conocía algo de su historia y de su cultura. Había leído el *Quijote*, la historia de Carlos V escrita por el historiador escocés William Robertson y el compendio de la historia española del jesuita francés Jean-Baptiste Duchesne<sup>2</sup>. Por otra parte, como buen protestante, hijo de la Ilustración y partidario entusiasta de la revolución democrática de las colonias británicas norteamericanas, las observaciones de Adams no son totalmente objetivas. Atribuía lo que consideró la pobreza del país a la monarquía, una institución que detestaba, y culpaba a la iglesia católica de la ignorancia y falta de educación de la gente. Al mismo tiempo, criticaba a las dos por la escasez de mercancías y la ausencia de industria en las ciudades por las que pasaba. Así, cuando entró en Burgos el 11 de enero 1780, no dejó pasar la oportunidad de escribir lo siguiente:

“La ciudad ilustre de Burgos ... me decepcionó mucho. Se dice que en otros tiempos las plazas, los edificios públicos, fuentes y paseos públicos estaban impresionantes. Pero después de varios paseos, mis expectativas no fueron satisfechas ... Había poca mercancía y pocos indicios de negocios aquí. La ocupación principal era la religión”

A esta observación añadía que el “ejército de clérigos” era demasiado grande para “una villa tan pequeña como Burgos”, lo cual le sirvió para reafirmarse en su convicción de que el clero católico actuaba como un freno al desarrollo de la economía del país. Al mismo tiempo, frustrado en su intento de adquirir un mapa de España, consideró este hecho como una prueba de la ignorancia del país en general.

Adams atesoraba igualmente demasiadas expectativas sobre Bilbao. Entró en esta ciudad el 15 de enero de 1780 y aquí se encontró con José Gardoquí y su hijo Diego, dos mercaderes vascos que desde hacía varios años habían venido sumi-

<sup>1</sup> Se trata del *Diary and Autobiography of John Adams*, ed. L.H. Butterfield, Cambridge, M.A., 1961. Este diario está digitalizado y disponible como ‘Adams Family Papers: An Electronic Archive’: <http://www.masshist.org/digitaladams/archive/autobio/>. Las notas referidas a España están en la tercera parte del diario, entradas desde el 13 noviembre de 1779 al 23 enero de 1780.

<sup>2</sup> DUCHENSE, J.B. *Abregé dell’histoire d’Espagne*, Paris, 1741.

nistrando ropa y provisiones a las tropas de George Washington. Con Gardoquí padre actuando como cicerone, la primera impresión que tuvo Adams de la capital vascuence fue totalmente favorable: "Hemos pasado el día caminando por la villa. Hemos visitado los muelles, que estaban llenos de frutas y legumbres". Pero no tardaría mucho en exponer variadas críticas, entre ellas la falta de cristales en las ventanas de las casas. Otra fue la escasez de buenos libros: "Hemos mirado la tienda de un librero ... No hemos encontrado cosa alguna curiosa o que merezca comentario." La falta de libros interesantes también motivó una observación de carácter cultural: "Este país –escribió– no es la cuna de literatura". En cuanto a las otras tiendas, señaló que "no hemos encontrado cosa alguna que nos ofrezca la impresión, ni de Bilbao ni de Vizcaya, de ser un país comercial, aunque había algunas tiendas bastante grandes y llenas de artículos a la venta".

Hemos comenzado esta ponencia con los comentarios de Adams sobre Burgos y Bilbao en parte porque la literatura auxiliar sobre los viajeros extranjeros por España durante la época de la Ilustración no registra el itinerario del norteamericano por el norte del país. Pero además, al repasar esta literatura, hemos advertido que no ha sido utilizada para investigar los caracteres de la ciudad española durante aquella época. Las excepciones son pocas y generalmente limitadas a Madrid. Una es el casi olvidado libro *Life and Manners en Madrid* (Berkeley, 1932), obra del norteamericano Charles Kany. Otra es la recopilación de extractos de varios relatos que refieren a la villa y corte durante el siglo XVII e incluido en el segundo tomo del *Madrid en la prosa del viaje*, coordinado por José Luis Checa Cremades (Madrid, 1996). Más interesante, y más reciente, es la obra de High Thomas, *Beaumarchais en Sevilla* (Barcelona, 2008). El título del libro es engañoso. Utilizando como fuentes las cartas escritas por el famoso escritor francés durante su estancia a Madrid en los años 1764-1765, junto con citas de las obras dramáticas de Román de la Cruz, Thomas ofrece unos comentarios interesantes sobre la vida madrileña de aquella época, pero casi nada sobre Sevilla, curiosamente una ciudad que Beaumarchais nunca visitó pero que inspiró su célebre obra de 1772, *Le barbier de Séville*.

Pero aparte de estas obras y la de Consol Freixa Lobera, *Los Ingleses y el Arte de Viajar: Una visión de la ciudades españolas en el siglo XVIII* (Barcelona, 1983), el urbe como categoría figura poco como tema de análisis en la abundante literatura de los viajes a España en la época de la Ilustración. Caso ejemplar es el libro *Viajeros Británicos en la España del siglo XVIII* (Madrid, 1990), de Ana Clara Guerrero. La autora ofrece un excelente estudio de los relatos de estos viajeros, pero los temas tratados son los siguientes: itinerarios y dificultades para viajar (aduanas, malas posadas, etc), el gobierno y la política, la agricultura, la industria, el comercio, la sociedad y las costumbres. ¿Y la ciudad? ¿Cuestiones sobre urbanismo? Silencio total, aunque la autora hace referencia a algunas ciudades en el curso de varios capítulos<sup>3</sup>.

<sup>3</sup> GUERRERO, A.C. *Viajeros Británicos en la España del siglo XVII*, Madrid, 1990. Otros estudios sobre viajeros de siglo XVIII son los de FERNÁNDEZ HERR, E. *Les origines de l'Espagne Romantique. Les Récits de Voyage 1755-1833*, Paris, 1973; BACIGALUPO, M.F. "From Caricature to 'Objectivity': An English Image of Spain, 1700-1730", *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos* 3.1, otoño 1978, pp. 75-86; del mismo autor: "Ambiguous image: English Travel Accounts of Spain", *Dieciocho*, 1, 1978, pp. 116-138; ORTAS DURAND, E. "La España de los Viajeros (1755-1846): Imágenes reales, literaturizadas, soñadas...", en ROMERO TOBAR, L. y ATAMAREGUI EDUAYAN, P. (coords.) *Los libros de Viajes. Realidad vivida y género literario*, Madrid, 2005, pp. 48-91; HONTANILLA, A. "Images of Barbaric Spain," *Studies in Eighteenth-Century Culture*, 37, 2008, pp. 119-143; MUSSER, R. (Ed.) *El viaje y la percepción del otro: viajeros por la península ibérica y sus descripciones (siglos XVIII-XIX)*, Madrid, 2011; FRIEDERICH-STEGMAN, H. *La imagen de España en los libros de los viajeros alemanes del siglo XVIII*, Alicante, 2014.



Fig. 1: Anton Raphael Mengs, Carlos III, 1761, Museo del Prado (Madrid)

Esta laguna en la literatura que trata de los viajes por España debería rellenarse, pero no puede ser nuestro propósito para esta ponencia, sino otro mucho más limitado. Durante estos últimos meses hemos efectuado un repaso de las relaciones realizadas por los viajeros extranjeros -ingleses, franceses, holandeses, alemanes, daneses, y americanos- que visitaron a España a lo largo del XVIII. Esta literatura es abundante -los relatos de viaje constituyeron un género literario muy popular durante aquella época- pero hemos leído estas obras con la idea principal de examinar la imagen de la urbe español antes y después de las reformas urbanísticas implementadas durante la época de Carlos III. Como es bien conocido, estas reformas empezaron en 1766 con lo que el Conde de Fernán-Núñez, el biógrafo oficial de aquel soberano, denominó "la limpieza radical de Madrid"<sup>4</sup>. Además de asear la ciudad, hubo proyectos de pavimentación e iluminación de las calles principales, construcción de nuevas fuentes, plantación de árboles a lo largo del Paseo de Prado, mejoras en la seguridad (la instauración de los serenos, por ejemplo, estaba destinada a mejorar la policía de la capital), junto a un serie de grandes proyectos arquitectónicos: nuevas puertas monumentales como la de Alcalá, la real casa de la Aduana, la real casa de Correos, el Museo de Ciencias Naturales y el Jardín Botánico, junto con el nuevo hospital de la corte diseñado por José de Hermosilla, el gran arquitecto llerenense.

De estas reformas, sobre todo las que trataban del aseo de Madrid, Fernán-Núñez comentó: "La obra se hizo; la salud de las generaciones actuales y futuras ha ganado en ello, y los que conocieron el antiguo Madrid y el actual no cesan de bendecir al Soberano que ha sabido extender sus beneficios a todos los siglos venideros"<sup>5</sup>. Los juicios de Fernán-Núñez sobre el éxito de estas reformas fueron más optimistas de los de varios viajeros extranjeros que visitaron a Madrid (véase

<sup>4</sup> Conde de FERNÁN-NÚÑEZ, *Vida de Carlos III*, ed.A. MOREL FATIO y A. PAZY MELIÁ, Madrid, 1898, parte II, cap. I, p. 151.

<sup>5</sup> *Ibidem*, parte II, cap. I, p. 153.

abajo), aunque sí es cierto que la mayoría de estos visitantes valoraron positivamente la limpieza de la ciudad y su nueva imagen de capitalidad. Pero dejemos Madrid aparte. ¿Qué pensaban estos mismos viajeros de las otras ciudades del reino? ¿Percibían ahí reformas urbanas parecidas a las de villa y corte? Y, ya como hemos visto en el caso de Adams, ¿cuál era su opinión sobre estas ciudades en general? Estas son las preguntas que me gustaría plantear aquí.



Fig. 2: Luis Paret y Alcázar, El Jardín Botánico desde el Paseo del Prado, c. 1790, Museo del Prado (Madrid)



Fig. 3: Grabado de la Puerta de Alcalá, Madrid

No obstante, unas palabras previas de cautela. Reconocemos que lo que escribían estos viajeros no es totalmente fiable ni objetivo. Unos copiaban de otros y había algunos que escribían relatos de viaje -como el escritor francés, el Abbé Vayrac- sin haber visitado el país. Con lo cual sintonizamos con un viajero que hizo la siguiente observación: "No se debe creer todo de lo que dice el viajero<sup>6</sup>. Palabras justas. Como ya hemos visto con Adams, muchos viajeros llegaban al país llenos de prejuicios y prevenciones, muchas de ellas derivadas de su lectura de relatos anteriores: así, el vínculo entre la obra de Madame D'Aulnoy, *Relation de un voyage d'Espagne* (impresa por primera vez en 1691), las *Délices du Espagne et du Portugal*, (obra atribuida a Juan Álvarez de Colmenar y editada en 1707), la *Etat Present de l'Espagne* (escrito por el abate Jean de Vayrac en 1718), y más tarde *Le Voyageur*

<sup>6</sup> Jean-Marie-Jérôme MAQUIS DE L'ANGLE FLEURIOT, *Voyage en Espagne*, Paris, 6ª ed., 1803, p. 52, hizo este comentario en referencia a los cálculos de la población de Madrid realizados por una serie de viajeros.

*Français* del abate Joseph Delaporte (1772), otro escritor que nunca llegó a venir a España, está bien establecido<sup>7</sup>.

También es importante reconocer que los juicios de los viajeros con respecto a las ciudades españolas estuvieron condicionados por sus experiencias en otras ciudades que conocían mejor. Adams ofrece otra vez un buen ejemplo. Natural de Boston, sumó largas estancias tanto en Nueva York como en Filadelfia, ciudades portuarias, populosas y comerciales, y en el caso de Filadelfia una ciudad dotada con una traza regular, bibliotecas públicas, academias, jardines botánicos, universidad y servicio municipal de bomberos. También conocía París, ciudad de referencia junto con Burdeos y Nantes para la mayoría de los viajeros franceses de la época. En cuanto a los británicos, recordemos que a medios del siglo XVIII muchas de las ciudades inglesas de provincias -York, Bristol, Liverpool- se jactaban de las mismas excelencias que Londres: comercio e industria, calles iluminadas, empedradas, con aceras y alcantarillado. También tenían librerías, teatros, paseos, parques, etc. Así, ya fueran viajeros de carácter filosófico o romántico, el caso es que llegaban a España con sus propios conceptos sobre la esencia de la urbanidad<sup>8</sup>.

A pesar de estas limitaciones, los relatos de los viajeros -lo que hemos denominado la mirada de afuera- nos pueden ofrecer datos interesantes respecto al estado de la ciudad española del XVIII. No obstante, hemos de reconocer que el número de ciudades visitadas por estos viajeros fue algo limitado. Pocos, por ejemplo, entraban o salían de España a través de Extremadura, por lo que la información que ofrecen los viajeros sobre las ciudades extremeñas es relativamente escasa. Llerena es un buen ejemplo de ello. El único viajero que hace referencia a esta población es el abate Jean de Vayrac, describiéndola de manera imprecisa como "pueblo algo grande, ubicado en el medio de una llanura bonita ... las calles son bonitas y tiene una plaza grande en frente de la iglesia"<sup>9</sup>. Esta descripción tan vaga fue en realidad plagiada de *Les Délices du Espagne et du Portugal*, obra de 1707, lo que sugiere que el abate nunca llegó a estar en Llerena.

En cuanto las otras ciudades extremeñas, el primer viajero que pergeñó una descripción fiable es Giuseppi Baretti, escritor de origen italiano que residía en Londres antes de visitar España en 1760. Lo que más llamó la atención de este viajero, tanto en Badajoz como en Trujillo, fue la falta de cristales en las ventanas de las casas, así como los postigos que las cubrían, una práctica que le parecía algo extraña al estar habituado el autor al uso del vidrio, gracias a los avances en su fabricación, como elemento perfectamente integrado en la arquitectura londinense de estilo georgiano. Sobre otras particularidades de estas ciudades Baretti no dice mucho, salvo la observación de que Trujillo ofrecía "buen aspecto desde lejos", si bien al recorrerla se llevó una impresión "muy desagradable", con "calles mal pavimentadas" y "casas bajas y construidas en plan irregular"<sup>10</sup>.

Las reacciones de otros viajeros al contemplar las ciudades extremeñas no son mucho más explícitas. En 1780, el diplomático inglés Richard Cumberland escribió que Badajoz no ofrecía "nada de interés para el viajero", mientras que otro inglés, William Beckford, que pasó por esta misma ciudad en 1787, refirió a sus "calles

<sup>7</sup> Entre varios otros estudios, vid. SARRAILH, J. "Voyageurs françaises au XVIIIe Siècle", *Bulletin Hispanique*, 36.1, 1934, pp. 29-70.

<sup>8</sup> Para las ciudades inglesas, vid. BORSAY, P. *The English Urban Renaissance: Culture and Society in the Provincial Town, 1660-1770*, Oxford, 1991; para las francesas: *Historie de la France Urbaine*, vol. III: *La ville des temps modernes. De la Renaissance aux Révolutions*, Paris, 1998.

<sup>9</sup> DEVAYRAC, Abbé Jean, *Etat Présent de l'Espagne*, Paris, 1718, p. 379.

<sup>10</sup> BARETTI, G. *A Journey from London to Genoa through England, Portugal, Spain and France*, London, 1780, p. 107. Hay versión española: *Viaje de Londres a Génova a través de Inglaterra, Portugal, España y Francia*, ed y trad. Soledad MARTÍNEZ DE PINILLOS RUIZ, Barcelona, 2005.

abandonadas y melancólicas” y su aspecto sombrío<sup>11</sup>. De hecho, el único extranjero que tuvo algo que decir en favor de Badajoz fue Johann Heinrich Friedrich Link, profesor de Botánica en la ciudad alemana de Rostok, que la visitó en 1797. La ciudad le impresionó por sus “calles limpias y bien adoquinadas”, un comentario que sugiere que las reformas urbanísticas implementadas en Madrid una generación antes habían llegado también finalmente a Extremadura. Pero no es menos cierto que estas reformas se habían aplicado de forma desigual. Al entrar Trujillo, por ejemplo, Link observó que era una ciudad con “callejuelas angostas, mal adoquinadas y sucias”<sup>12</sup>.

Estas diferencias -unas ciudades limpias, otras no- se daban también en otras regiones del país. En buena parte son más responsables de tales diferencias los poderes locales que la política impulsada por la corona. De hecho, aun en Madrid se advierten diferencias en cuanto al brillo de las reformas urbanísticas decretadas por Carlos III. Así, en su obra escrita en 1764, Beaumarchais celebraba el hecho de que “la determinación del gobierno de limpiar Madrid haya vencido a la inclinación de los españoles a vivir en la mierda”<sup>13</sup>. Igualmente positivo fue Richard Twiss, quien en su libro de viajes de 1772 observó que cada una de las casas madrileñas, junto con las de Valladolid, habían sido numeradas y los nombres de las calles pintados en cada esquina. Twiss terminó igualmente impresionado por las farolas, “como hay en Londres”, que iluminaban sus calles, el pavimento perfecto, y el aseo en general de la capital española. “Las calles -escribió- estaban tan limpias que nunca he visto algunas así, incluidas las de las ciudades holandesas”<sup>14</sup>.

Frente a estas observaciones, Daniel Gotthilf Moldenhawer, filósofo alemán de Königsberg y verdadero voyageur savant, obtuvo otra impresión de Madrid cuando la visitó en 1787. Entre otros fallos, se lamentó del “olor abominable en las entradas de las casas”. Otro alemán, Link, ratificó este testimonio, anotando que las reformas “no pudieron penetrar hasta el interior de las viviendas, que se hallan faltas de higiene y con mucha suciedad”<sup>15</sup>.

Las condiciones que presentaban otras ciudades no eran mucho mejores. Un ejemplo: Vitoria, generalmente la primera ciudad que se encontraban los viajeros procedentes de Francia vía Irún. Aparte de su hermosa plaza mayor, un elemento de la urbe española que Link consideró “alegre y jovial”, este viajero alemán anotó que Vitoria estaba “sucida y mal construida, con una multitud de casuchas miserables”<sup>16</sup>. Entre otras ciudades calificadas como sucias tenemos a Valladolid (Jean-François Bourgoing la describió en 1777 como “una de las más sucias y pobres de España”), Zaragoza (el Marqués de l’Angle anotó en 1775 que “aparte de la calle principal del Coso, las otras eran “oscuras ... estrechas ... sucias ... fangosas”) y Jerez de la Frontera (censurada en 1777 por Henry Swinburne por sus “calles sin pavimento, llenas de charcos de aguas estancadas y fétidas”, así como por Richard Crocker en 1780 por sus “calles no pavimentadas y polvo intolerable”<sup>17</sup>.

<sup>11</sup> CUMBERLAND, R. *Journey to Spain*, London, 1780, p. 335; BECKFORD, W. *Italy, Spain and Portugal*, London, 1787, t. 2, p. 133. Para un resumen de las reacciones de los ingleses ante Extremadura a lo largo de esta época, vid. MARÍN CALVARRO, J.A. “Reflexiones históricas en los diarios de los viajeros de habla inglesa a su paso por Extremadura”, *Norba. Revista de Historia*, 16, 1996-2003, pp. 565-577.

<sup>12</sup> LINK, H.F. *Viaje por España*, ed. REBOK, S. y PUIG-SAMPER, M.A. Madrid, CSIC, 2010, p. 128.

<sup>13</sup> CARON DE BEAUMARCHAIS, P.A. *Correspondance*, ed. A.G. NEZET, París, 1969, p. 126, carta del 24 de diciembre de 1764.

<sup>14</sup> TWISS, R. *Travels through Spain and Portugal, 1772-1773*, London, 1775, p. 140.

<sup>15</sup> LINK, H.F. *Viaje por España...*, p. 107.

<sup>16</sup> *Ibidem*, p. 92.

<sup>17</sup> BOURGOING, J.F. (DE) *Tableau de l’Espagne Moderne*, París, 1797, p. 43 [en su segunda visita, realizada en 1792, Bourgoing anotó que el aseo de Valladolid estaba muy mejorado, observando la ciudad bastante limpia]; MAQUIS DE L’ANGLE FLEURIOT, Jean-Marie-Jérôme, *Voyage en Espagne*, París, 1785, p. 7; SWINBURNE, H. *Travels Through*



También otras ciudades tenían sus faltas. En la época pre-romántica, pocos extranjeros usaban términos como "pintoresco" para describir las calles antiguas de Córdoba o Sevilla. Así, cuando el militar inglés Alexander Jardine visitó a Córdoba en 1776, la consideró "pobre, melancólica ... hundida en pereza, suciedad, ruinas, miseria, y conventos"<sup>18</sup>. La reacción de Wilhem von Humboldt, hermano del famoso naturalista, fue mas o menos la misma cuando visitó la ciudad en 1799: "Es una ciudad horrible, con calles enormemente estrechas ... las casas muy malas y estrechas". Y lo mismo Sevilla, pareciéndole sus calles "estrechas, sinuosas, y mal pavimentadas"<sup>19</sup>.

Pero si algunas ciudades tenían sus defectos, podemos elaborar una lista de otras que sí merecieron alabanzas por parte de los visitantes extranjeros. La primera de esa lista sería Bilbao. No es que fuese Utopía, pues en 1776, por ejemplo, Jardine la consideró "mal ubicada" y propensa a sufrir inundaciones, y en 1780 Adams censuró la ausencia de buenas librerías<sup>20</sup>. Pero por otra parte, en 1778, John Dillon, británico de origen católico, elogió a Bilbao por sus "buenos paseos" y calles "bien pavimentadas y limpísimo", algo que atribuyó a los bandos municipales que prohibieron el uso de los coches y los caballos por el centro de la ciudad. Dillon se quedó igualmente impresionado por la limpieza del matadero municipal, un edificio con un conducto central para el tratamiento de las carnes que, según él, se aseaba diariamente, práctica que lo liberó "de todos los malos olores o cualquiera cosa asquerosa". Por esta razón, añadió, no era necesario lavar la carne porque se vendía "limpia", lo que consideraba inaudito. También consideraba que los vientos que refrescaban el aire urbano convertían a Bilbao en una ciudad saludable cuyos habitantes estaban libres del tabardillo y de otras fiebres malignas y en general disfrutaban de gran longevidad. Igualmente observó que todos los bilbaínos eran personas fornidas, las mujeres en particular, pues trabajaban al mismo ritmo de los hombres y estaban tan robustas como ellos: "La mujer no cede en fuerza al marido, ni la hermana al hermano", a pesar de sus trajines diarios, pues a Dillon le sorprendió bastante que tuviesen fuerzas para cantar y bailar después de toda una jornada de trabajo<sup>21</sup>.

Mirada desde afuera, sólo otra ciudad española podía ofrecer tantos progresos: Valencia. Los extranjeros destacaron su policía y su seguridad, garantizada en parte por la presencia de serenos nocturnos, así como su magnífica alameda, un lugar que Richard Twiss consideró en 1772 más bello aún que el parque londinense de Saint James, mientras que un francés lo declaró "uno de los paseos mas hermosos de Europa". A esto añadió: "¡Qué soberbias avenidas! ¡Qué lujo de vegetación!"<sup>22</sup>. A otros viajeros les llamaron la atención las pequeñas farolas que iluminaban las calles valencianas y el hecho de que, al igual que en Madrid, "todas las casas estaban numeradas", así como la presencia de azulejos con la inscripción de los nombres de las calles en cada esquina. Por encima de estas ventajas, Twiss quedó muy feliz cuando encontró en una librería una descripción impresa de la ciudad, posiblemente una referencia al libro *Antigüedades de Valencia*, escrito por Josep Texidor

*Spain in the Years 1775 and 1776*, London, 1787, p. 333; CROCKER, R. *Travels through several provinces of Spain and Portugal*, London, 1799, p. 85.

<sup>18</sup> JARDINE, A. *Letters from Barbary, France, Spain, Portugal, etc. By an English Officer*, London, 1788, t. 1, p. 189. Igualmente crítico con Córdoba fue otro inglés, William DALRYMPLE en su *Travels Through Spain and Portugal*, in 1776, London, 1777, p. 10.

<sup>19</sup> Wilhelm von HUMBOLDT, *Diario de Viaje a España, 1799-1800*, ed. M.P.VERA, Madrid, 1998, p. 171.

<sup>20</sup> JARDINE, A. *Letters from Barbary...*, t. 1, p. 29.

<sup>21</sup> DILLON, J.T. *Travels Through Spain*, 2ª ed. London, 1782, pp. 172-176.

<sup>22</sup> TWISS, R. *Travels through Spain...*, pp. 200-205; LANTIER, Etienne-François, *Voyage en Espagne du Chevalier Saint-Gewvais [1788]*, cit. en GARCÍA MERCADAL, J. *Viajes de Extranjeros por España y Portugal*, Valladolid, 1999, t. 5, p. 637.

y editado en 1767. Siendo honestos, también hay que decir que algunos viajeros reprobaban la falta de calles pavimentadas en Valencia y la costumbre de depositar en ellas montones de "porquería" bajo la excusa de que se recogían por las noches y se utilizaban después como fertilizante en los jardines. Y hubo un francés que, a pesar de referirse a la capital valenciana como "grande, rica y comerciante," sentenció: "está aún dos siglos [detrás] de Francia para las comodidades de la vida"<sup>23</sup>. Por otro lado, Van Humboldt, en torno a 1799, hacía un resumen de la opinión general de los extranjeros que había visitado Valencia, juzgándola "una de las ciudades más agradables y mejor construidas de España"<sup>24</sup>.



Fig. 4: Vista de la Muy Leal y Noble villa de Bilbao, c. 1750

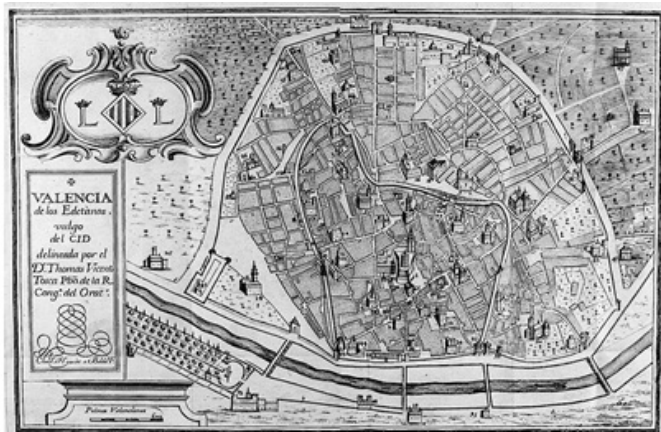


Fig. 5: Thomas Vicente Tosca: Valencia

Es posible que Humboldt hubiera cambiado de opinión de haber visitado Bilbao, ciudad que no figura en su itinerario español. Lo que sí es cierto es que este viajero alemán prefería Valencia a Barcelona. Hubo ciertos aspectos de la ciudad condal que elogió, entre ellos el recién construido paseo conocido hoy como las Ramblas, junto con el hecho de que "las calles no tienen tantos pordioseros como

<sup>23</sup> PEYRON, Jean-François-Pierre, *Essais sur l'Espagne. Voyage fait en 1777 et 1778*, Paris, 1780, cit. en GARCÍA MERCADAL, J. *Viajes de Extranjeros...*, t. 5, p. 269.

<sup>24</sup> HUMBOLDT, W. (VON) *Diario de Viaje...*, p. 231.

en Valencia<sup>25</sup>. Sin embargo, finalmente Humboldt describió Barcelona con estas palabras: "no es precisamente una ciudad bella, limpia, ni agradable"<sup>26</sup>.

Pero en esto Humboldt no se quedó sólo. Aunque el nuevo barrio portuario de la Barceloneta, con su traza regular, llamó la atención de casi todos los otros extranjeros que visitaron Barcelona en la época de la Ilustración, pocos de ellos tuvieron mucho que decir en favor de la ciudad<sup>27</sup>. Dillon, por ejemplo, observó que Barcelona, aunque agradable, no se parecía a "la ciudad visitada por Don Quijote"<sup>28</sup>. Mirada desde afuera, las faltas eran notorias, entre ellas las "calles estrechas y oscuras", según Edward Clarke; o la falta de bibliotecas, a los ojos de Philip Thicknesse; o la ausencia de un muelle, en opinión de Young; y para muchos, la suciedad<sup>29</sup>.

El más radical fue el fraile mexicano Servando de Mier, quien sentía odio por todo lo español en general, de lo que se deduce que poco tenía que decir en favor de las ciudades españolas que visitó en torno a 1803. Detestó Madrid por "el desorden, angostura, enredijo y tortuosidad de calles, sin banqueta ninguna"; casas construidas "sin igualdad, todas feas en aspecto de ruinas por las tejas y las buhardillas". "No hay edificios de provecho", añadió, exceptuando algunos nuevos como el Correos, y aun en referencia a éste no pudo resistirse a censurar que, por culpa de la negligencia del arquitecto, faltaba una escalera interior: "y hay que pegar a un lado una [escalera] de palo". Además, el fraile reseñó que los madrileños solían obviar las órdenes de Carlos III relativas a la limpieza urbana y que por esta razón "...de los balcones se arrojaban los bacines a la calle diciendo 'agua va', como todavía se hace en Portugal". Aún peor le parecieron otras costumbres de los madrileños. En los barrios, escribió, "se vive como en un lugar de aldea. Los hombres están afeitándose en medio de la calle y las mujeres cosiendo". Igualmente se mostró disgustado por "el desenfreno" de la vida de los majos, las majas y las mujeres "desvergonzadas", de forma que "en ninguna parte de Europa tienen el empeño que las españolas por presentar a la vista los pechos, y las he llegado a ver en Madrid paseo público con ellos totalmente de fuera, y con anillas de oro en los pezones". Sobre los dedos de los pies de estas mujeres, comentó que estaban "enteramente desnudos"<sup>30</sup>.

En cuanto a Barcelona, el fraile no hace mención de las costumbres populares, pero describe la ciudad como "un enredijo de casas ... techadas sin igualdad" que, todas juntas, daban la ciudad un "aspecto de ruinas". A esto añadió que Barcelona debía tomar "ejemplo de América" y rehacerse según el modelo de Barceloneta, la única parte de la ciudad trazada a cordel<sup>31</sup>.

¿Ejemplo de América? La observación es interesante. Es una en las que la literatura sobre las reformas urbanísticas carolinas, centrada principalmente en los modelos urbanísticos ofrecidos por varias ciudades europeas de la época, no ha reparado lo suficiente. En el siglo XVIII, la ciudad hispanoamericana ofrecía el modelo de una urbe de traza regular, con plazas amplias, calles rectas y pavimenta-

<sup>25</sup> *Ibidem*, p. 243.

<sup>26</sup> *Ibid.*

<sup>27</sup> Arthur YOUNG, el viajero inglés que visitó a Barcelona en torno a 1789, describió la Barceloneta como algo "nuevo y perfectamente regular": *Travels during the Years 1787, 1788, and 1789 in the Kingdom of France (and Spain)*, London, 1792, p. 633. El Marqués de la Mina, capitán general de Cataluña, ordenó la construcción de la Barceloneta en torno a 1753 para proveer viviendas a las familias desalojadas por la construcción de la nueva ciudadela.

<sup>28</sup> DILLON, J.T. *Travels Through Spain...*, p. 17.

<sup>29</sup> EDWARD CLARKE, E. *Letters concerning the Spanish Nation during the Years 1760 and 1761*, London, 1763, p. 210 [Clarke era capellán del embajador británico Benjamin Keen]; PHILIP THICKNESSE, P.A. *Year's Journey Through France and Part of Spain*, 2ª ed. London, 1778, p. 125.

<sup>30</sup> MIER, S. *Memorias*, Madrid, 1917, pp. 328 y 353-356.

<sup>31</sup> *Ibidem*, p. 332.

das; alamedas, paseos, y otros lugares de recreo; y una buena policía en general. ¿Habrían servido estas ciudades como modelo para la reforma urbanística española en la época de Carlos III? En Madrid, lo más probable es que las experiencias previas de Carlos III en Nápoles le habían conferido una idea de lo que podría ser una capital limpia y moderna. Pero la situación era diferente en ciudades como Cádiz, estrechamente ligadas al mundo atlántico y en concreto a ciudades caribeñas como La Habana, Cartagena y Nueva Orleans.



Fig. 6: Plano de la Ciudad de Barcelona, 1762. Cuerpo Militar de Ingenieros

Junto a Madrid, Cádiz fue una de las pocas ciudades españolas que experimentó el equivalente a una transformación urbanística radical durante el siglo XVIII. Se debió mayormente a los esfuerzos del Alejandro O'Reilly (1722-1794), el militar de origen irlandés que fue gobernador de la ciudad entre 1769 y 1786. Antes de su llegada a Cádiz, la mirada foránea sobre esta ciudad portuaria había sido bastante negativa. Los extranjeros tenían poco decir en su favor. En 1705 el Abbé Labat la criticó por sus "calles estrechas y tortuosas, nada o muy mal pavimentadas y muy sucias". Anotó también la escasez de agua potable<sup>32</sup>. Otro viajero crítico fue el sueco Peter Osbeck, que recaló en Cádiz camino de China en 1752. Osbeck llamó la atención sobre la falta de cristales en las ventanas de las casas y que los canales en el centro de las calles estaban llenos de huesos de pescados y cáscaras de frutas que producían "olores pútridos"<sup>33</sup>. La impresión del diplomático holandés Jan Aegidius Van Egmont, que visitó la ciudad en torno a 1755 en su tour por el Mediterráneo, fue más o menos la misma. Para este viajero, tanto en las casas como en las calles gaditanas faltaba limpieza y por esta razón se producían "efluvios desagradables"<sup>34</sup>. También los muchos viajeros ingleses que pasaron por Cádiz fueron de esta opinión. Después de haberla visitado en 1760, Christopher Hervey, hermano del embajador británico en Madrid, escribió que era "el pueblo más sucio y lleno de porquería que he visto desde hace mucho tiempo". Diez años más tarde, Richard Twiss salió con la misma impresión, llamando la atención sobre las calles estrechas, mal pavimentadas y sucias. Salió igualmente decepcionado de la alameda gaditana: le gustaron las vistas al mar, pero le disgustó que estuviera frecuenta-

<sup>32</sup> LABAT, Pere Jean-Baptiste, *Voyages en Espagne et en Italie*, París, 1730, cit. en GARCÍA MERCADAL, J. *Viajes de Extranjeros...*, t. 5, p. 513.

<sup>33</sup> OSBECK, P.A. *Voyage to China*, trad. Johann Forster, London, 1751, p. 18.

<sup>34</sup> EGMOND, J.A. (VAN) *Travels Through Part of Europe, Asia Minor, and the Islands of the Archipelago...*, London, 1759, pp. 10 y 12.

da por "las mujeres de virtud ligera, como las de Saint James Park", describiéndola como "el único lugar en España donde encontré tanto descarado libertinaje"<sup>35</sup>.

La visita de Twiss coincidió con el momento en que O'Reilly, el nuevo gobernador, iniciaba las reformas destinadas a fortalecer las defensas gaditanas y la calidad de vida de la ciudad. Pero antes de llegar a Cádiz, O'Reilly había servido como gobernador de Louisiana, cuya capital era Nueva Orleans, ciudad de regular construcción que Thomas Kitchin, viajero inglés, describió en 1778 como "atractiva" y dotada de "calles rectas" y canales. O'Reilly también conocía Cartagena de Indias, La Habana, y San Juan, ciudades reconocidas por sus buenas fortificaciones, calles rectas y pavimentadas, y que tenían fama de ser hermosas.

¿Fue posible transformar Cádiz y así crear una imagen urbana parecida a la de aquellas ciudades portuarias del Caribe? Con el apoyo de Carlos III, O'Reilly no tardaría en embarcarse en una serie de importantes reformas urbanas. Sus logros fueron muchos: nuevas murallas y otras fortificaciones; la construcción del nuevo barrio de San Carlos, con calles rectas, pavimentadas y bien iluminadas; un nuevo paseo extramuros; y nuevas ordenanzas (las de 1783) que intentaban mejorar la policía urbana -prohibió, por ejemplo, la mendicidad callejera; la promoción del aseo en general de la ciudad, del "buen aspecto de los edificios" en particular y de la construcción de "obras dignas de verdadero aprecio", entre ellas un nuevo hospicio, un nuevo teatro, etc<sup>36</sup>.



Fig. 7: Pierre Van der Aa, *Vüe de Cadix du côté du Port*, 1715

Los extranjeros que visitaron la ciudad en esta época no omitieron destacar la importancia de estas reformas. Uno de los primeros fue Jean François de Bourgoing, quien atribuyó a O'Reilly todo el mérito de haber ennoblecido la ciudad con aquellas novedades, señalando en particular las calles rectas y nuevamente pavimentadas, la limpieza urbana, la policía y las obras de iluminación. Veinte años más tarde, Von Humboldt salió de su visita a Cádiz con la misma impresión, refiriendo a las casas limpias y agradables a la vista, con tejados planos, las calles rectas y bellas

<sup>35</sup> HERVEY C. *Letters from Portugal, Spain, Italy, and Germany in the Years 1759, 1760, and 1761*, London, 1785, p. 271; TWISS, R. *Travels through Spain...*, p. 281.

<sup>36</sup> Para estas reformas, vid. RETEGUI, M. (DE) y PEREA GUADANO, G. *Urbanismo gaditano del siglo XVIII*, Cádiz, 1973, y RUIZ NIETO GUERRERO, M<sup>ra</sup>. *Urbanismo gaditano en tiempos de Carlos III: El Barrio de San Carlos*, Cádiz, 1994

"... y adoquines alargados [por los que una persona podía] caminar sin peligro de mancharse"<sup>37</sup>.

Como he advertido al principio de esta ponencia, no hay razón para creernos todo lo que escribían estos extranjeros de visita por España. Todos llegaron con sus prejuicios y siempre medían lo que encontraban en la urbe española con estándares traídos desde afuera. Pero en general sus relatos nos permiten comprender mejor el estado del urbanismo español en la época de la Ilustración, las diferencias que separaban unas ciudades de otras, y finalmente la manera en que unos pocos individuos, como O'Reilly, inspirado en parte por Carlos III, en parte por el modelo ofrecido por otras ciudades, tanto americanas como europeas, habían conseguido implementar unas reformas que lograron cambiar -e incluso transformar- de una forma importante lo que he llamado aquí la mirada de afuera de la ciudad española.

---

<sup>37</sup> BOURGOING, J.F. (DE) *Tableau de l'Espagne Moderne...*, pp. 112-114; existe versión española: *Imagen de la España Moderna*, ed. Emilio SOLER PASCUAL, Barcelona, 2005. HUMBOLDT, W. (VON) *Diario de Viaje...*, pp. 180-187.